

La Zapiak
Zapiak Bat - los siete en uno

Meditación sobre la Txapela

por Daniel Vidart

El lector tiene todo el derecho del mundo para pedirme cuentas sobre el significado de la extraña voz acerca de la cual prometo toda una meditación. Y bien, esa palabreja que en castellano nada dice, en euskera, el idioma ancestral de los vascos, en el que se pronuncia chapela, significa boina lisa y llanamente. Se trata, en suma, del birrete de blando cuerpo tejido que en la parte central del círculo de paño exhibe, airosa y atrevida, la mota de la burena.

Así se denomina, en el idioma de mis abuelos, el erguido rabo, o minúsculo pene que proclama su masculinidad, pese al nombre femenino. De tal modo a las que, con enemiga y ajena alevosía, se les corta ese tributo viril, se las relega a la triste condición de eunuca, o como expresa el gracejo popular, de caponas. Dicha fállica txurena está constituida por el remate que señala el postre zurcido, el toque final, el último nudo que concede vida y esplendor a la txapela.

¿De dónde procede esta voz? El euskera no lo reconoce el viejo abolengo de las que fluyen del manantial del idioma. En efecto, es un término latino que los vascos acomodaron a su ortografía. Sin embargo no deriva de chapeau -sombrero- como suponen algunos lingüistas de Iparralde, que así se denomina en el plegamiento de los Pirineos a la patria de los vascos nacidos en el lado (alde) del Norte (Ipar) de aquellos. Los vascos no quieren ser ni franceses ni españoles. Se llaman a sí mismos vascos a secas, constituyen, pese a sus escasos tres millones de habitantes, el pueblo vasco, o sea el Euskal Herria, como se escribe en Hegoalde (la parte del Sur), o el Euskal Herria, según la grafía de la parte del Norte, o sea el Iparralde de mis ancestros. Desde este territorio minúsculo -solo tiene 2.900 km² y 240.000 habitantes- llegaron al Uruguay a mediados del siglo pasado los Vidart (topónimo que significa entre caminos) y los Baratzabal (que quiere decir huerto amplio), mis antepasados provenientes de Zuberoa.

«ADMINICULO CAPILAR»

Pero volvamos a la voz txapela, la causante de la anterior digresión lingüística y geográfica. El origen de la misma debe buscarse en la cantera del latín. Pero no en la voz caput, cabeza, sino en la voz capa, que proviene de capere, que así llamó Premin de Iruña a la txapela, que recubre la cabeza. De aquella voz surge el capel del viejo francés, que se transformará luego en chapeau. Lo mismo sucede con el Kappe alemán y el capello italiano. No debe extrañar esta adopción muchas de las palabras que andan por dentro de la Weltanschauung lingüística vasca -todo idioma entraña una concepción del mundo- no proviene de la remota manida prehistórica. El Guernikako arbola, el árbol de Guernika, es una clara prueba de ello. Y de idéntico modo se han euzkerizado decenas, cientos de palabras más provenientes de los idiomas español y francés, ramas nacionales del gran tronco germánico.

La boina de los vascos no revela una antigüedad remota.



El errikoseme que con ella calza su testa y la ostenta como si fuera el andante blásón de su abolengo tiene, cuerpo adentro, otros atributos que certifican su antigüedad venerable en cuanto que representante de una etnia cuyos antecedentes se pierden en la niebla de los milenios. Y no de uno o dos, sino de cuarenta por lo menos. Tenemos que remontarnos al hombre de Cromagnon, asentado en los paisajes arqueohistóricos de Vasconia, para iniciar la cuenta. Dicese que una vez discutían el Señor de Montmorency con un vasco de Iparralde acerca de la solera de sus respectivas estirpas. La nuestra data de mil años atrás, dijo el noble francés para poner punto final a la pugna. El vasco lo miró como quien no ve, con los ojos perdidos en las lejanías azules de los montes y cazorramente, al estilo campesino, que es sencillo y hondo a un tiempo, le respondió: señor, los vascos no datamos, solamente somos.

Regresemos de nuevo a la txapela o boina. De paso advierto que no deseo ahondar en la doble etimología propuesta para esclarecer el origen de la voz boina, proveniente ya del euskera boilla, redondo, ya del latín abonnis, bonete, según el dictamen de encontrados pareceres filológicos.

Los primeros testimonios acerca del uso de la txapela han sido proporcionados por los peregrinos que por el Camino de Santiago, el Camino Francés, marchaban hacia Compostela, la ciudad santa de Galicia. Venían desde todos los rincones de Europa, llevando consigo sus visiones del mundo, sus juicios y prejuicios, aunque la veneración al Apóstol uniformizaba las almas devotas con el común denominador del cristianismo medieval.

Dichos caminantes, cuando llegaban a Iparralde, se encontraban con los extraños habitantes del pays basque, cuyo idioma era ininteligible. Allí les salían al paso los campesinos de los caseríos, que oían a corteza de árbol, a lana de oveja, a los violentos adobes

que sazaban las comidas del atche, la casa solariega. Y al orillar los puertos divisaban el ajeteo de las tripulaciones que partían en sus livianas embarcaciones hacia Groenlandia, a pescar la ballena, y hacia el banco del Grand Sole, en las inmediaciones de Terranova, a pescar el bacalao.

Atravesando estos solares de Laburdi, de Benafarroa, de Zuberoa, las Iruak Bat, el peregrino alemán Arnold von Haff advierte que en «la comarca que se extiende desde Orthez hasta Sauveterre los hombres iban cubiertos con paños de tela». Así lo hace constar en su relato publicado en el 1496, cuatro años después del descubrimiento oficial de América donde, desde un siglo atrás, recaían los marinos vascos y gallegos sin saber que se trataba de un nuevo continente. Así lo testimonian las lápidas que se hallaron en las tumbas de los pescadores enterrados en Terranova, sin duda víctimas del escorbuto, una mortal avitaminosis que diezma a las tripulaciones.

«BONNET PLAT EN ETOFFE»

Andrés de Poza, quien contempló inquisitiva y críticamente a los vascos en el siglo XVI, cuenta que los campesinos se recubren las cabezas con una ridícula montera «que no repara del sol ni del agua». Esta opinión etnocéntrica toma como antecedente valioso, y por ende «normal» o verdadero, al tocado español de aquel tiempo. En consecuencia, descalifica el uso y la funcionalidad de la txapela. Humboldt, cuando en 1801 atraviesa Benafarroa, la Baja Navarra (Iparralde), al llegar a Donibane Gazaga, que en francés se convierte en Saint Jean Pied de Port, expresa en la narración de su viaje que los hombres usaban un «bonnet plat en étoffe». Del mismo modo Thomas Roscoe, quien conoció las costumbres del país vasco, esto es Hegoalde, o Egoalde como se escribe al Sur de los Pirineos, durante la guerra carlista que ensangrentó la zona desde el año 1833 al 1839, nos ha legado una interesante descripción del atuendo de los navarros y los vizcainos, quienes llevan coronando sus cabezas un menguado «beret», o sea la consabida boina o txapela cuya etimología, historia y etnografía estoy resumiendo. Y digo así porque han corrido ríos de tinta acerca de este raro sombrero, que no lo alcanza a ser pues carece de alas, dado que, frina y una, la boina oficia de casco y ruedo, de visera y cubrenuca, de paraguas y de sombrilla, de calentacabeza y paraviento, de decorativa ikurriña yacente y de portaestandarte étnico del pueblo vasco, y todos estos oficios a una, como en Fuenteovejuna.

Pero la boina no solamente tiene cuerpo. Posee también un alma, un acento personal que distingue a quien la usa por el modo de escoger su tipo, por el modo de calzarla, por la elegancia y aun la coquetería con que la ostenta. Los atributos propios de la boina son sus dimensiones, su materia matriz y su color. Los del usuario, el modo con que la luce, el estilo con que la dispone.

Las hay con volado chico, las txapel-txi, y las hay con volado amplio, las txapel-aundi. Pero este



aundi puede ser excesivo, como por su lado puede serlo también el txiki. Aparecen entonces las patologías de la boina. Están las entecas, las que se encasquetan hasta las orejas, firmemente calzadas, casi con desesperación, que al cabo convierten a la cabeza en una especie de bala, en un ariete vertical, en un encapuchado poste tótemico. Y están las que se desmandan, las que desmesuran su vuelo, como aquella que adoptara Wagner, hybris y capricho a la vez del artista que procura distinguirse de la moda del común. Entonces el vuelo, volcado negligentemente sobre un hombro, ya el derecho, ya el izquierdo, le otorga al rostro un aura romántica y atrevida, cuando no el aire de un dandysmo ostentoso.

CON URDIMBRE DE NATURALEZA CIMARRONA

La txapela tiene un cuerpo, obedece a la textura de una sustancia y cobra su lugar en el espacio -la res extensa cartesiana- merced a una artesanía que hizo su tránsito -por mandato maxweberiano de la modernidad- desde la mano doméstica a la maquinaria industrial. Hubo boinas aldeanas de yesca, con olor a relámpago, con sabor a cosa de monte, con urdimbre de naturaleza cimarrona. Me estoy refiriendo a la fabricación con las fibras del hongo yesquero (Polyporus fomentarius) que hoy es

discretas proporciones podría servir para cubrir una cabeza semejante a la del gigante de Alzo; pero el abatanado, con el estrujamiento realizado con potentísimos puños mecánicos en medio de una ducha incansante convierten el tamaño desmesurado en el número de pulgadas precisas para cubrir la cabeza de un niño. La boina entra ya en el periodo de aristocratización, perdiendo su auténtico color primario, con el tinte negro, azul, rojo, blanco, de sectores policromos, según las exigencias y gustos de la demanda.

El moldeador, con sus brazos fuertes de multí, mete los discos de madera en el gorro informe dando su fisonomía comercial a la boina, que va quedando apliada con otras para ser sometida al baño turco del secadero. Todavía unos cardos campesinos se divierten sacándole cabellera a la boina y cuando el pelo ha crecido convenientemente, unas guilletas rotativas la ateitan de modo maravilloso. Vienen luego el torro y la badana, pero eso ya no cuenta. La boina está pronta para entrar en el aire del mundo y coronar la cabeza del vasco.

Esta, que es una cabeza pensante, lo que más importa de la boina al cabo, como me apuntaba Yonchu Sarasola, es también una cabeza que rememora las viejas tradiciones y las acata. Pero no por ello es conservadora, enemiga del cambio.

Ni tampoco misonista, pues no teme el mandato político y cultural del tiempo nuevo.

Ser tradicionalista significa guardar en el redajo de la cultura familiar ese regusto que viene desde muy lejos, que guía al espíritu en su viaje del pasado hacia el porvenir, que otorga sentido al solar donde la estirpe del vasco se asienta, no importa si a miles de kilómetros del caserío de los aintzinekoak, «los que se han ido antes».

EL VASCO, UN CAMALEÓN CULTURAL

La boina es la heráldica sencilla del ser y sentirse vasco. Es liviana, graciosa, tiene un no sé qué de compañera y confidente. Cuando se está entre amigos no se quita, que así lo ordena la etiqueta del orgullo de ser vasco; cuando cambia el escenario social se esconde en el bolsillo y de ahí vuelve a salir, intacta y lozana, para seguir abrigando los pensamientos y los sentimientos del mortal que la carga, a modo de insignia. Mis abuelos la usaron, mi padre cubrió con ella su temprana calvicie, yo también la llevo como una tibia y oscura aureola, la que me hace grato a mis antepasados y me inviste de firme ternura ante mis nietos y mis hijos. Y con ella, como dijo un bersolari anónimo: Bethi aintzina/ chechen chechena/dabil Euskalduna.

Esto significa: siempre adelante/ derecho y erguido/ va el vasco. Así fue, así es y será.

El mandato de una tradición imperiosa convierte al vasco en un ser dúctil, en un camaleón cultural. Allí donde se radica, lejos del etche y su paisaje alveoso, allí tiene su patria. Entonces deja fluir su empuje, y da rienda suelta a su capacidad para el trabajo y saca brillo a sus credenciales de honradez y lealtad. Ama las libertades civiles del hombre y las libertades forales de los pueblos. Y las defiende, aun a costa de su vida, que poco le cuesta desprenderse de ella.

En su tranquilo fatalismo campea una frase que lo alecciona desde el fondo de los siglos: «Oren guziek dute gizona kolpatzen/azkeneoak du hobira igortzen»; esto es «llevan las horas golpeando al hombre/ la última lo envía a la tumba».

Pero también, con fino y receptivo oído escucha el llamado de los actuales tiempos. Y lo acata porque al hacerlo defiende los fundamentos de su ethos y su ethnos, sin ser un fundamentalista.

Se le ha llamado terco, se critica su irritante tenacidad, su voluntad de ser y de hacer, aunque sea contra viento y marea.

El vasco y su boina van juntos en esta empresa existencial de construir el futuro con los buenos ladrillos del pasado. Eso fue lo que hicieron los inmigrantes en esta tierra que nos desvela y nos confirma, que nos duele y nos une: por ser vascos desde la médula se convirtieron, a poco de llegar, en orientales y uruguayos de tiempo completo y sus descendientes, a fuerza de ser orientales y uruguayos en las horas del amor y en las horas del dolor también se sienten, nos sentimos, vascos hasta el caraca.

